

# A 500 años de un encuentro ingrato

● Antonio Benavides Castillo

Cinco siglos separan los momentos históricos en los que las tierras campechanas fueron vistas y reconocidas por europeos por vez primera. Cinco siglos de las confrontaciones ocurridas entre nativos de lo que hoy es México y los representantes de lo que fue un imperio español. Y el encuentro no fue grato para ninguna de las partes.

Cada grupo de individuos procedía de sociedades bastante diferentes; con cosmovisiones distintas, con maneras sui generis de hacer las cosas, con criterios sumamente raros desde ambas perspectivas. Efectivamente, fue un choque cultural del que surgiría una nueva forma de vida, una cultura nueva con elementos de ambas partes.

El tema es amplio y en esta ocasión me limitaré a profundizar en las raíces del grupo nativo, de la cultura maya peninsular que habitaba el poniente de la península yucateca. Para ello he escogido la costa de Campeche, que forma parte del occidente del mundo maya y éste, a su vez, estuvo vinculado con un ámbito mayor como lo fue la Mesoamérica prehispánica.

Este contexto permite entender de mejor manera muchas de las relaciones que Campeche mantuvo con múltiples regiones, tanto cercanas y partícipes de su desarrollo, como de regiones lejanas, pero con las cuales varios investigadores han demostrado su asociación por la presencia de materiales procedentes de ellas (jadeíta, basalto, cerámica, cinabrio, etc.).



Paisaje de Champotón.  
Tomás Arnábar Gunam

Un buen ejemplo de ello es la obsidiana, que sólo procede de regiones volcánicas. Los análisis de ese vidrio volcánico consideran la composición química, que es única en cada yacimiento. Por ello puede diferenciarse buen número de sitios de extracción en lugares relativamente cercanos como el Pico de Orizaba (Ver.), El Chayal y San Martín Jilotepeque, en las tierras altas de Guatemala; o bien la obsidiana de parajes más lejanos como Ucareo y Zinapécuaro, Mich.; Pachuca, Hgo., Zaragoza, Pue., así como Paredón, Otumba y Zacualtipán en el centro de México.

Otro caso ilustrativo es el de la jadeíta, piedra dura de tonos variados de verde y ocasionalmente blanco-grisáceos, que únicamente se halla de manera natural en la cuenca del Río Motagua, en el sector sureste de Guatemala.

De modo que el material de cualquier pieza (cuenta, bezote, orejera, pectoral, etc.) registrada en las excavaciones arqueológicas originalmente procede de esa región.

A continuación, el resumen de dos asentamientos precolombinos que nos hablan de la riqueza cultural maya; uno jamás fue conocido por los europeos del siglo XVI, otro fue transformado por la fusión de indígenas y españoles.

**Jaina.** Este sitio tiene fama por las bellas terracotas ahí recuperadas. El pirata inglés William Dampier estuvo en la isla en 1675, reportó la existencia de varios montículos y señaló que el lugar era usado eventualmente por filibusteros esperando tiempos adecuados para atacar embarcaciones o la propia ciudad de Campeche (Dampier 1906).



---

Isla de Jaina, Campeche.  
Archivo INAH, Campeche.

El asentamiento prehispánico de Jaina conformó una entidad política fuerte que ejerció dominio político, religioso y comercial en muchos kilómetros a su alrededor. Si bien la costumbre de elaborar figurillas hunde sus raíces en el periodo Preclásico, es decir desde varios siglos antes de nuestra era, las imágenes de la costa campechana tuvieron su auge entre los años 600 y 1000 d.C. Su uso prosiguió en siglos posteriores, pero las piezas de tiempos tardíos perdieron realismo y fueron elaboradas con menor delicadeza (Benavides 2012).

Las piezas fueron logradas usando arcilla de tonalidades naranjas y rojas. Todas pasaron por el fuego varias horas, alcanzando una temperatura promedio de 700° C. Los hornos podían ser "a cielo abierto", es decir cubriendo las vasijas y pequeñas esculturas con suficiente madera y

hojas de palma, hasta alcanzar la cocción. Otras veces se usaron "hornos de hoyo" o pequeñas oquedades bajo el suelo, de unos 60 cm de profundidad, cubiertas por un techo de materiales perecederos y quemando leña en el interior. Esos hornos podían tener de uno a dos metros de diámetro y alcanzaban mayor temperatura, lo cual implicaba una mejor cocción y una mayor calidad. La elaboración de objetos "a cielo abierto" podía causar diferencias de color, o manchas oscuras, en algunos sectores de la figurilla o de la vasija por una falta de calor.

Una vez cocidas y enfriadas, las pequeñas representaciones fueron pintadas con varios colores, aunque algunas sólo recibieron un baño general de pintura blanca. La mayoría de las piezas fue después parte de los bienes ofrendados a un difunto (Piña Chán 1968). Algunas figurillas

---

Desembocadura  
del río Champotón.  
Archivo Tomás Arnábar Gunam.



no proceden de contextos funerarios; pudieron usarse en altares domésticos o simplemente como juguetes infantiles.

Diversos autores han querido vincular a las figurillas con el entierro del cual proceden, pero ello no es factible porque el género del sepultado no siempre coincide con la imagen de cerámica asociada. Los entierros infantiles, casi siempre depositados en cántaros globulares, van acompañados de una o dos figurillas de adultos. También se ha sugerido la representación de ancestros, pero hasta ahora ello no ha sido demostrado.

Lo que sí sabemos es que la tradición de enterrar a los muertos con figurillas tiene profundas raíces prehispánicas en el centro y el sur de Veracruz, por ejemplo, en Dicha Tuerta, Nopiloa y San Andrés Tuxtla. Esa tradición se expandió durante el periodo

Clásico a lo largo de la costa del Golfo por el litoral tabasqueño y tuvo éxito en sitios como Comalcalco y Jonuta. Los navegantes llevaron ideas y productos también hacia el norte, de modo que los arqueólogos han registrado entierros con figurillas en muchos puntos de la costa campechana como Aguacatal (en la península de Xicalango), Los Guarixés (en la Isla del Carmen), El Anonal (el antiguo Tixchel), VillaMadero, Champotón, Jaina, Isla Piedras, Isla Uaymil e incluso en la costa norte de Yucatán, en Xcambó, cerca de Dzemul.

Curiosamente, no existen reportes de enterramientos humanos acompañados de figurillas en sitios de tierra adentro relativamente cercanos a Jaina como Xcalumkín, Edzná, Cayal, Itzimité, Santa Rosa Xtampak, Kabah, Uxmal u Oxkintok. Ello ocurre a pesar de que algunos de



---

William Dampier. Capitán de barco inglés, bucanero y corsario.

esos asentamientos mantuvieron relaciones con Jaina según se deduce por la presencia del glifo emblema de ésta en algunas de sus inscripciones. Lo anterior nos indica que esa tradición del oriente mesoamericano se limitó a la región costera del Golfo.

**Champotón.** El asentamiento prehispánico se ubicaba alrededor de la desembocadura del río Champotón y su nombre original, según las fuentes históricas, fue Chakán Putún, que significa "sabana de los putunes" por ser un asentamiento de familias chontales. La fundación de un asentamiento colonial sobre el poblado indígena, su desarrollo a través de varios siglos y el crecimiento urbano han transformado casi por completo los vestigios mayas.

No obstante, aquí intentaremos presentar un resumen de las investigaciones arqueológicas efectuadas en dicha ciudad y de los resultados obtenidos. Comen-



Figurilla con escarificaciones en el rostro. Procedente de la isla de Jaina. Archivo INAH, Campeche.



Mujer de elite. Figurilla procedente de la isla de Jaina. Archivo INAH, Campeche.

zamos con Diego de Landa, cuya Relación de las Cosas de Yucatán contiene varias referencias a la comunidad prehispánica de Champotón, tierra dominada en el siglo XVI por los Couohes, es decir la familia de los Cohuó. De ese linaje fue, precisamente, el dirigente religioso y político que venció por vez primera a los invasores hispanos encabezados por Francisco Hernández de Córdoba en 1517: Moch Cohuó.

En tiempos modernos, en 1943 y 1944, Alberto Ruz Lhuillier (1969) inició el estudio sistemático de Champotón. Comenzó explorando el islote que se halla frente a la desembocadura del río, a unos 400 metros de la orilla. En ese tiempo el islote tenía forma de una letra T, con su lado ancho ubicado en el costado poniente. Medía unos 30 metros de este a oeste por 20 m en el otro eje, dimensiones variables según las mareas. Ruz pudo verificar la antigua existencia de una construcción de mampostería, muy posiblemente orientada hacia el poniente y que parece haber tenido varias entradas formadas por columnas de varios tambores. Encontró algunos tiestos muy erosionados y no halló ninguna evidencia de elementos referidos en las fuentes históricas como una alta torre llena de ídolos o la dedicación del lugar a Quetzalcóatl-Kukulcán.

El siguiente punto explorado fue la explanada entre el mercado y el faro. En tres pozos halló varios muros y rellenos precolombinos para nivelar el terreno. En la primera excavación encontró el entierro de un adulto a 90 cm de profundidad y el ajuar funerario incluyó un caracol marino, un cajete trípode color naranja con reborde basal almenado y un vaso globular también de color naranja y con motivos incisos.

Ruz finalizó su estudio excavando en el barrio Pozo del Monte, en la entonces finca La Esperanza, en el sector oriente de la población. Recuperó abundante material cerámico, alrededor de 13,000 fragmentos, además de la evidencia de pisos de estuco y rellenos de varias nivelaciones. La mayor parte del material que encontró correspondió al Clásico Terminal (900-1000 d.C.) y al Posclásico (1000-1400 d.C.).

Otro estudio arqueológico importante para Champotón se debe a Jack Eaton y Joseph Ball (Eaton y Ball, 1978), investigadores de la Universidad de Tulane (Nueva Orleans) en cuyo recorrido reportan haber visto un conchero en forma de montículo que fue prácticamente arrasado por maquinaria pesa-

da al ser construido el nuevo puente sobre el río. La cerámica estudiada correspondió a las fases Guarnición-Decadente y Colonial, más o menos de 900 a 1500 d. C.

De acuerdo con Eaton, entre el faro y el mercado había restos de antiguas construcciones que fueron arrasadas para nivelar el terreno, lo mismo que enterramientos con ofrendas, entre ellas caracoles marinos, cuencos y platos con reborde basal almenado, color naranja y pintados con motivos negros; y vasos globulares de barro anaranjado con motivos incisos. Además, en la parte oriente del pueblo, fuera de la zona poblada, estaba la finca La Esperanza, en donde se hicieron algunas exploraciones, encontrándose algunos restos de muros y pisos de una zona habitacional, así como fragmentos de cerámica en los pozos practicados.

Otros vestigios arqueológicos menores, relativamente abundantes en los terrenos de Champotón, son pesas de red, herramientas de sílex, percutores o martillos y machacadores de corteza de amate con los que se preparaba papel. Algunos vecinos los encuentran y guardan como objetos que llaman la atención.

Al comenzar el siglo XX la Universidad Autónoma de Campeche inició un proyecto de investigación arqueológica en Champotón bajo la dirección de William Folan (Folan et al 2012). Varias líneas de investigación permitieron documentar nueva y rica información del desarrollo prehispánico e histórico de la ciudad, desde el Preclásico Medio (600 a.C.) hasta nuestros días (Forsyth 2012; Ek 2015).

Una noticia relevante fue la documentación de los orígenes del asentamiento, demostrando la construcción de edificios monumentales con arquitectura Petén, como hoy puede constatare en los vestigios excavados y consolidados de la Calle 23 en el barrio de Guadalupe. Allá pueden verse los elementos que conformaron un masivo basamento cuadrangular de unos 50 metros por lado y tres metros de altura sobre el que se levantaron tres edificios de mampostería formando un patio interior. Los bloques de recubrimiento de ese basamento son monolíticos, al igual que las varias escalinatas que facilitaban su ascenso.

Otro registro relevante fue buena cantidad de gruesos tambores de columnas, además de columnas, en diversos predios y sectores de la ciudad, especialmente en el Centro y en los barrios de Las Mercedes, San Patricio, Tajonal y Pozo del Monte. Esos elementos indican una fuerte presencia de la arquitectura Puuc (600 – 800 d.C.) en Champotón.

## Comentarios finales

Quinientos años después la sociedad campechana está orgullosa de sus raíces precolombinas. Se reconoce como heredera de valiosas tradiciones nativas y europeas. Pero el mundo es más complejo y hoy también usamos y atesoramos elementos diversos de otras sociedades. Campeche forma parte y participa de un mosaico pluricultural.

